

SONATA HUMANISTA

MAURICIO WIESENTHAL

SONATA
HUMANISTA

(Nietzsche, Zweig, Camus)



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Ilustración de cubierta: istockPhoto

Primera edición: marzo de 2021

© Mauricio Wiesenthal, 2021
Autor representado por Silvia Bastos S. L. Agencia Literaria
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2º, 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1150-1

Impreso en Romanyà Valls

Depósito legal: B 1841-2021

Impreso en España

PRÓLOGO

En estos ensayos biográficos sobre figuras estelares de la cultura europea no podía faltar una trilogía dedicada a las luces del pensamiento humanista, representadas por tres nombres muy significantes: Friedrich Nietzsche, Stefan Zweig y Albert Camus. No los he elegido al azar: tienen en común la «modernidad» de su pensamiento, están cercanos a nosotros en el tiempo y también en la índole y el alcance de los retos que tuvieron que afrontar en su experiencia vital, pues vivieron ya las horas inciertas del relativismo, conocieron la decadencia del racionalismo con el crepúsculo salvaje y brutal de sus ideologías (el materialismo, el comunismo, el nazismo, el fascismo) y se vieron envueltos y fatalmente amenazados por las locuras fanáticas que tanto daño hicieron a la tradición humanista europea.

El editor ha elegido para la cubierta un dibujo espléndido, porque concierta en un símbolo poético el significado, el alcance y el sentido de estas tres vidas: un pentagrama de espinos con rosas. Me parece oportuno recordar que, entre los tres personajes de esta *Sonata humanista*, hay una víctima de la guerra y del racismo (Stefan Zweig), un hombre brillante y valeroso que —tras enfrentarse a las dictaduras y

a los totalitarismos— dejó la sangre de su juventud en un desgraciado accidente (Albert Camus), y un genio que —siendo el espíritu más clarividente de la modernidad— se volvió loco y murió en las alambradas del silencio, de la desmemoria y del absurdo (Friedrich Nietzsche).

Esta serie de trilogías (*Appassionata*, *Suite romántica*, *Sonata humanista* y *Concierto para libertinos*) que he propuesto a mis lectores, agrupando algunos de mis ensayos biográficos, comparten algunos acordes; fundamentalmente, la reivindicación del espíritu frente a las simplificaciones racionalistas, la demanda urgente de una educación iniciática, al estilo de lo que en la literatura europea llamábamos *Bildungsliteratur*, y el retorno a una conciencia humanista de la sabiduría. En este pequeño volumen reúno precisamente a tres maestros indiscutibles del humanismo.

A Nietzsche, Zweig y Camus pude haber añadido algunos otros personajes como Alberto Magno, Vives, Tomás Moro, Erasmo, Pascal, Montaigne o Romain Rolland —no muchos, pues pocos son los que hicieron tanto por la dignidad de la condición humana—, y concretamente mis lectores podrían echar de menos a Goethe o a León Tolstoi; pero hay una razón por la que no están incluidos aquí, ya que el primero de ellos aparece ya en la *Suite romántica* de esta misma colección, y al novelista ruso le dediqué un libro especial: *El viejo León. Tolstoi, un retrato literario*.

Las ciencias y la técnica, cuyos horizontes son ilimitados como cualquier obra del pensamiento, sólo contribuyen al progreso humano cuando se conforman a los valores de la civilización y la cultura; incluso sometándose a límites de

pacto social, de bondad, de belleza y de misericordia. Y me preocupa mucho que hoy –agradecidos como debemos estar al progreso científico– vayamos a dar en una «tecnificación» sin «humanismo». ¿De qué sirve darle un tenedor a un «antropófago», un martillo a un iconoclasta o una ametralladora a un asesino o a un maltratador? El único ideal humanista es una civilización de justicia, de respeto y de responsabilidad. Pero ocurre, por el contrario, que el acceso arbitrario y sin juicio crítico a los beneficios del progreso ejerce hoy una influencia reaccionaria sobre los pueblos más privilegiados, que se consideran por encima de su pasado y ya no se sienten deudores de sus maestros ni de los grandes hombres que nos guiaron en el camino de la civilización y el humanismo. Y esa ignorancia –unida a la soberbia que distingue a muchos políticos modernos– nos lleva a olvidar que conservamos en nuestro interior inquietantes pulsiones de nuestra historia bárbara que creímos superada y vencida. Es lo que los viejos filósofos llamaban «la supervivencia de la *infrahistoria* en la historia». Dos guerras mundiales nos dejaron en Europa buen testimonio de los instintos salvajes que sobreviven en las culturas que se creen superiores y más elevadas.

La identificación del progreso con el racionalismo es simplista, tendenciosa y absolutamente injusta, ya que –sin olvidar el cristianismo– existe desde el Renacimiento hasta Pascal una corriente humanista que pone en alto valor la «sabiduría del corazón».

Pensar con el corazón no es «eliminar la razón» ni discurrir sin método y sin lógica, de forma arbitraria, sino que

exige iniciarse en un proceso diferente de comprensión. Se trata de que el sentimiento forme parte de todo juicio, de forma que enriquezca la reflexión y la lógica con experiencias muy importantes. El racionalismo dogmático —un capricho perverso y peligroso de la mente— conduce al uso fanático y excluyente de la razón, ya que pretende ignorar las otras formas de conocimiento, convirtiendo al pensador en un «calculador mental». No se puede someter la vida a una exclusiva interpretación racionalista, eliminando apasionantes horizontes humanos, en lo anímico y en lo sensorial, sin hacer trampas y sin caer en esquemas mentales muy simplistas que conducen a una interpretación arbitraria de la realidad.

Algunos pensadores modernos, aunque se atribuyan rancia escuela filosófica, sólo juran en nombre del progreso, olvidando que no es lo mismo el saber científico que la sabiduría moral. «No hay más progreso que el progreso moral», protestaba Baudelaire, rebotando indignación humanista. Y, en la misma línea, Unamuno levantaba su voz contra el cientifismo racionalista: «Siempre se hará ciencia para cohonestar actos de salvajismo y de injusticia», escribió este sabio pensador en 1895, mucho antes de que se publicasen las pretendidas obras científicas que —amparadas por parciales o tendenciosas conclusiones genéticas— justificaban en Europa el racismo y el crimen. Pues no existe un mundo vivible para los hombres ni puede imaginarse un progreso justo ni una protección para la naturaleza que no estén fundamentados en una conciencia humanista.

Por eso el gran Descartes, huyendo de la pedantería racionalista y de las pretensiones dogmáticas, comenzó su *Discurso del Método* con recuerdos muy personales de su juventud, intuyendo genialmente que las ciencias son una página de la memoria y un tesoro del humanismo. La Física y las Matemáticas son también una base para valorar y explorar el espacio y el tiempo, de la misma forma que la Filosofía es una lectura inteligente del «gran libro del conocimiento de la vida y de la muerte».

Esta *Sonata humanista* reúne, pues, a tres espíritus libres que, en la época moderna, se enfrentaron a los excesos del racionalismo desde muy diferentes concepciones de pensamiento. Vivieron en tiempos que no están lejanos para nuestra experiencia —aunque algunos pretendan arrinconarlos en la prehistoria— y defendieron valientemente una «transmutación» de los valores burgueses racionalistas, proponiéndonos una superación de las ideas cerradas del antiguo pensamiento materialista para alumbrar un nuevo horizonte crítico del «espíritu», donde radica la única esperanza moral para nuestra civilización y nuestra cultura.

La palabra «espíritu» (del latín *spiritus*, «soplo») sugiere etimológicamente la idea de «aliento» y podría definirse como la manifestación más sutil y delicada de la vida. Se trata justamente de lo opuesto a la materia, y por eso subleva a los materialistas. En la psicología del arte usamos la palabra «inspiración» para designar el impulso que lleva al artista a crear una obra maestra.

La sociedad moderna de los países ricos no cree en los ideales ni tiene ningún proyecto de progreso moral, ya que,

frente a cualquier sacrificio o trabajo, defiende sólo una vida más ociosa y más cómoda, aposentada en el amparo de la propiedad, en el disfrute de las rentas o —alternativamente— en la subvención de sus necesidades (incluso de ciertos antojos muy festivos) por medio de las ayudas públicas. Para el pensamiento humanista de Nietzsche, Zweig o Camus resultaría escandaloso este mundo que no se funda en el valor del mérito, de la excelencia, del esfuerzo y del trabajo.

La rutina y la simplicidad de las opciones políticas es alarmante hoy en día, hasta el extremo de que, incluso los primitivos movimientos «comunistas» —domesticados al desaparecer el viejo proletariado que ha sido absorbido por el bienestar burgués—, comparten hoy con el fascismo populista los rancios principios de «igualdad», que son una negación de la realidad, de la justicia y de la ecuanimidad. Pues lo ecuánime y lo justo no es precisamente lo igualitario.

Nadie diría que han pasado dos siglos desde la Revolución francesa, y un siglo desde la Revolución soviética, sin que se vislumbren ideas nuevas en el horizonte político. Todo ha sido asumido por el inmenso relativismo moral de la sociedad moderna, donde, a cambio del sufrimiento de muchos seres humanos y aceptando ciertas injusticias que todo el mundo silencia, se puede fabricar siempre un nuevo vivaque de bienestar material.

Nietzsche, Zweig y Camus se enfrentaron —se «rebelaron» diría, sin ambages, el francés— contra la barbarie del pensamiento moderno, reivindicando las libertades y las dignidades humanas que habían constituido ya el fundamento

de las religiones humanistas y de la mejor *paideia* clásica. Mujeres y hombres —algunos muy jóvenes o adolescentes— murieron en guerras, revoluciones y salvajadas de toda índole, luchando en defensa de la justicia y de los valores humanos. Otros consumieron su vida humildemente en el cumplimiento oscuro de su vocación o de su deber, porque en la misma historia del mundo conviven —comprometidos, enredados y, por menudo, confundidos— los bárbaros, los ladrones, los terroristas, los criminales, los totalitarios, los fanáticos y los sembradores de odio, junto a los sabios, los humildes y los justos, que son los más bellos testimonios de la conciencia libre, limpia, civilizada y humanista.

El primer artículo de periódico que publiqué a mis veinte años se tituló «Terror, terrorismo», y quería ser un manifiesto contra lo que entonces me imaginaba que debía ser «el tema de nuestro tiempo»: la lucha contra el fanatismo, la esclavitud, la vejación y las atrocidades terroristas, que siguen siendo el flagelo de nuestros días. Escribir cosas tan trascendentes a los veinte años era un acto de osadía del que pude haberme arrepentido. Pero la intuición —o la inducción, que es una forma legítima del pensamiento— me alumbró para entrever el horizonte de nuestro tiempo. Y, después de más de medio siglo, sigo creyendo que las filosofías racionalistas y reaccionarias, aunque se hayan vestido de modernas y progresistas, encubriéndose bajo un lenguaje abstracto y a menudo hueco, inaprensible y pedante, conducen a la barbarie deshumanizada. Porque todo lo que no sea sembrar responsabilidad social y civilizada, respeto humanista, gusto por la armonía y la belleza, sabi-

duría y cultura, piedad y justicia será siempre una coartada para imponer la esclavitud, el abuso, la arbitrariedad y la ignorancia culpable (la barbarie exhibicionista, violenta y chulesca que distingue a algunos modernos).

Los maestros que reunimos en estos tres ensayos biográficos nos legaron apasionantes enseñanzas que —some- tidas a valoración y a crítica— pueden ser fresca fuente de conocimiento y de sabiduría. Pero recordemos que todos ellos vivieron hasta el día de la última y amarga cosecha un combate por la dignidad de la condición humana; sin olvidar sus flaquezas y sus extravíos, pues soy consciente de que regalamos siempre a los demás —con la siembra modesta de nuestros amores y de nuestro trabajo— el ejemplo humano de nuestros errores.

Mauricio Wiesenthal

Europa, 2021

Encuentro con Dionysos

LOS ESCENARIOS DE ZARATUSTRA

Al loco del bigote me lo encontré, misteriosamente, un día claro de invierno en 1965. Yo era un muchacho con poco más de veinte años y vagabundeaba por Italia, aprovechando una beca de estudios.

Me gustaba caminar por las montañas que rodean el golfo de Génova, visitando los alegres pueblos de la Liguria: los nidos de águila de Cinqueterre, las cavernas salvajes del golfo de los Poetas, las ensenadas románticas de Portofino, las playas de Santa Margherita, las noches de Rapallo...

Aquel día de 1965, en un crepúsculo encendido y bajo una brisa fresca, fui rodeando los pinares de Paraggi hacia Portofino. Olía a humo y madera quemada, como si el mar estuviera convirtiéndose en un viejo vino. Pensé que algún campesino quemaba rastrojos. Y en una buena atalaya me detuve a contemplar la magnífica vista de la bahía, cuando observé de improviso un fascinante espectáculo: una extraña figura que andaba quemando pinaza en los claros del bosque, elevando altares de fuego, ordenando cuidadosamente las hogueras para no provocar

un incendio y convirtiendo el bosque en un misterioso escenario wagneriano.

Un retén de policía, advertido por algún campesino, detuvo al vagabundo. Permanecía sentado bajo un árbol, negándose a contestar a las preguntas. Me llamaron la atención sus orejas pequeñas, delicadamente perfiladas, «como le gustaban —pensé, no sé por qué— a Lou Salomé». En un vagabundo sorprendían también sus manos finas, elegantes, femeninas. Era casi cegato, miope, o quizá tenía la mirada perdida en las sombras opacas de la locura. Pero lo que más me impresionó es que su rostro delicado, moldeado como una mascarilla de yeso, se ocultaba detrás de un mostacho salvaje y brutal.

La policía, recurriendo a gritos y amenazas, intentaba obtener una declaración de aquel pobre loco. Pero él seguía mudo, o parecía no entender nada. Me dio pena. Aquel vagabundo me recordaba a otro loco, muerto hace ya muchos años. Me acerqué a los policías y les dije: «Déjenlo. Yo lo conozco. Es un profesor tedesco que se llama Federicco y vive en Rapallo. No es peligroso. Escribe poemas y enciende hogueras, pero las apaga siempre antes de irse».

EL PRIMER ASALTO DE ZARATUSTRA

Fue en la Riviera dei Fiori, entre Santa Margherita y Portofino, donde Zaratustra se apareció por primera vez a Federico Nietzsche, en el invierno de 1882. Le gustaba pasear —a veces encendiendo hogueras— por los pinares y los ca-

minos que siguen la recortada línea de la costa. Él mismo nos ha dejado una descripción del instante en que Zaratustra le asaltó en el camino, como la zarza ardiente se inflamó delante de Moisés, como la luz cegadora derribó a Saulo del caballo, como la mirada de Jesús fascinó a Simón en las orillas del lago de Tiberíades, como todos los enviados del más allá se presentaron a sus apóstoles. Pero Zaratustra, el profeta ario, es un personaje exigente que reclama a sus adeptos una ruptura con los compromisos de la comunidad, el desprecio de los ídolos, la fidelidad exclusiva a un solo dios y una decisión individual. «Yo Te he reconocido como Santo, oh Ahura Mazda», dice el antiguo himno del Avesta. El dios de Zaratustra no es un rey majestuoso y distante, sino un confidente personal.

Cuando Nietzsche descubre a este profeta en las montañas de la Liguria, vive ya los momentos decisivos de su delirio. Y, a partir de estos días de 1882, se suceden las tragedias y los milagros de su vida. Profundas transformaciones, pensamientos que andan con paso de paloma, se abren camino en su espíritu. Ha dejado definitivamente atrás sus años de profesor universitario en Basilea. Se ha despedido airadamente de Richard Wagner, su amigo del alma, dándole la espalda en mitad de una conversación.

En la primavera de 1882 se enamora en Roma de Louise Salomé, una bella muchacha alta y rubia, dotada de brillante inteligencia. Lou –sus amigos la llaman así– es medio alemana y medio rusa, y viaja acompañada por su madre: una dama enérgica que, en el fondo de sus ojos azules, parece no tenerle miedo a nada. Está convencida de que su

hija debe educarse como los héroes de la *Iliada*, que es su libro preferido. Lou la llama Muschka, pero se siente angustiada por sus reproches, por su severidad protestante, por ese carácter de fiera indómita, que ella misma ha heredado.

Lou ha recibido una educación de princesa en San Petersburgo, mimada por un padre que adoraba esta hija, después de haber tenido sólo varones. Por eso Lou es rebelde y caprichosa, como si estuviera segura de que «si caía, siempre tenía detrás unos brazos abiertos para acogermee». Nietzsche, que había perdido a su padre cuando era un niño, sentía exactamente lo contrario.

Lou vivía entonces una aventura mística con Paul Rée, amigo fiel de Nietzsche. Y esta relación había despertado ya muchas habladurías en Roma, porque ciertas personas no podían comprender que un hombre y una mujer paseasen juntos bajo la luna romana, a las dos de la madrugada, sin ser amantes. En realidad Paul Rée había sido el primero en chocar con el complicado erotismo de Lou, quien, a los veintidós años, daba ya por «concluida su vida amorosa». Y no sólo eso, sino que ella, despertando sus celos, acabaría por confesarle que quería «ampliar el círculo de sus amistades» y deseaba conocer también a Nietzsche.

La primera cita fue en San Pedro del Vaticano, junto a un confesionario iluminado por una luz mística. Nietzsche se siente más seguro en las medias luces, donde sus ojos reflejan el fuego de su interior. Y Lou –pensando siempre en las estrellas– tiene la idea de que se han encontrado como dos astros caídos de una lejana galaxia y se deja impresio-